CAPÍTULO VII.

Contento de la Santa al saber que su hermano D. Lorenzo tenía determinado venir de América.—Fundación de Salamanca.—Cómo solía caminar en los viajes.—La noche de Animas.—Trabajos de las Carmelitas en la primera casa.

De vuelta en Toledo la Madre Teresa, trató de dejar á sus hijas bien acomodadas, según queda referido en el capítulo anterior. Estando aquí supo que su hermano Lorenzo de Cepeda, había determinado volver de Indias, noticia que la consoló sobremanera; porque deseaba más que sus deudos estuviesen en lugar donde con menos peligros pudiesen atender al bien de sus almas, que no la adquisición de muchas riquezas. «Ahora ¿no ven, escribía á su hermana Doña Juana de Ahumada, qué es lo que Dios obra en Lorencio de Cepeda? más me parece que mire la comodidad con que se salven sus hijos, que con que tenga mucha hacienda. No hay contento para mí tan grande, como es que á quien tanto quiero, como á mis

hermanos, tienen luz para querer lo mejor» (1). Y dirigiéndose al mismo D. Lorenzo con fecha 17 de Enero de 1570 manifiéstale su contento diciendo: «Ahora no diré más sobre la buena determinación, que nuestro Señor ha puesto en su alma, de que he alabado á su Majestad, y me parece muy bien acertado; que al fin, por las ocasiones que vuestra merced me dice, entiendo poco más ó menos otras que puede haber; y espero en nuestro Señor será muy para su servicio..... En forma, me parece he de tener alivio con tener á vuestra merced acá, que es tan poco el que me dan las cosas de la tierra, que por ventura quiere nuestro Señor tenga ese, y que nos juntemos entrambos, para procurar más su honra y gloria, y algún provecho de las almas; que esto es lo que mucho me lastima, ver tantas perdidas y esos indios no me cuestan poco. El Señor los dé luz, que acá y allá hay harta desventura; que como ando en tantas partes, y me hablan muchas personas, no sé muchas veces que decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y como la apocamos con cosas tan apocadas como son las de la tierra. Dénos el Señor luz» (2).

Aprendan de aquí los padres de familias, y mirando por el bien verdadero de sus hijos, no se dejen fascinar por las esperanzas, quizá ilusorias, de grandes bienes de fortuna. ¡Ojalá no fuera cierto que muchos jóvenes, hijos de familias honradas, después de haber estado algún tiempo en América, han llegado á perder la fe y el alma!

Por esta carta escrita á D. Lorenzo sabemos que por Enero del 1570 andaba en dudas la Santa de si iría ó no

(1) Carta XVI.
(2) Carta XVIII.

á fundar á Salamanca. «De mí, le dice, no sé qué hará el Señor, si iré á Salamanca, que me dan una casa; que aunque me canso, es tanto el provecho que hacen estas casas en el pueblo que están, que me encarga la conciencia haga las que pudiere. Favorécelo el Señor de suerte, que me anima á mí.»

Hízose esta fundación de Salamanca en Octubre del mismo año como diremos luego, y en tanto tuvo nuestra Madre ocasión de visitar sus hijas de Medina y Valladolid. Caminó á Alba de Tormes con motivo de otra fundación que no quedó por entonces concertada, y en el mes de Julio vémosla asistir en Pastrana á las profesiones de Mariano y su compañero. Vuelve de nuevo á Toledo, y acabado de arreglar lo de la casa, sale en Agosto para Ávila, de donde todavía era Priora, con intención de emprender luego la fundación de Salamanca.

Deteníala en un principio el temor de si las monjas podrían sustentarse de limosna, por haber ya en dicha ciudad muchos otros conventos y hospitales, y mantenerse gran parte de la población del pupilaje de los innumerables estudiantes que en mejores tiempos para nuestra España, acudían á la renombrada universidad y demás colegios de Salamanca. Pero consideró que siendo pocas, y muy escaso el gasto que habían de hacer, podrían, parte de limosna, parte de lo que ganasen con sus manos, reunir lo bastante para su mantenimiento. Desde Ávila procuró la licencia del Obispo Don Pedro González de Mendoza, el cual, oidos los buenos informes del Rector de la Compañía, ninguna dificultad tuvo en concederla.

Habida la licencia, parecióle facilísimo el llevar á cabo la fundación del monasterio. Procuró por medio de una señora alquilar una casa, que ciertos estudiantes tenían habitada, y, con la confianza en Dios, salió de Ávila, llevando una sola compañera. Escarmentada

de lo que había acontecido en Medina, quería más, si hubiera de venir algún trabajo, pasarlo ella sola, que no dar ocasión á que padeciesen sus hijas. Llegaron á Salamanca víspera de los Santos, habiendo andado la noche antes muy buena jornada y con harto frío, sin encontrar otro alivio para la Santa que iba enferma, sino una pobre y desacomodada posada.

Y ya que se ofrece ocasión oportuna, no omitiré aquí, aunque haciendo una digresión, lo que nuestra Madre cuenta de los malos ratos que así en esta como en otras veces hubo de pasar con motivo de los viajes que hacía para las fundaciones. «No pongo en estas fundaciones dice, los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía una vez no dejarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas; porque, gloria á Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que vía claro, que nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecía algunas veces, que se trataba de fundación, hallarme con tantos males y dolores, que yo me acongojaba mucho; porque me parecía, que aun para estar en la celda, sin acostarme, no estaba; y tornarme á nuestro Señor, quejándome á su Majestad, y diciéndole, que cómo quería hiciese lo que no podía; y después, aunque con trabajo, su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía y el cuidado, parece que me olvidaba de mí. Á lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos á andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar el Señor, y haber Santísimo Sacramento» (1).

(1) Fund. c. XVIII.

La manera de caminar en los viajes cuéntala el Padre Rivera diciendo: «Cuando esto no había (coches ó literas) iban en carros muy bien cubiertos, y de tal manera iban por el camino en ellos, como si estuvieran en el monasterio. Siempre se llevaba campanilla, y se tañía á oración y á silencio á sus tiempos como en casa, y un reloj de arena para medir las horas; y entonces todos los que iban con ellas, ahora fuesen frailes, ahora clérigos ó seglares, y los mozos habían de callar todo aquel tiempo y edificábanse dello; y cuando se hacía señal para poder hablar, no había mas que ver que la alegría de aquellos mozos. Después hacía que les diesen algo más de comer, porque habían callado. En el coche ó carro en que ella iba, señalaba una á quien las demás obedeciesen como á ella misma, lo cual hacía no solamente por el ejercicio de la obediencia, sino también por tomar experiencia del talento que tenía para gobernar. En llegando á la posada, luego tomaba un aposento, donde se encerraban ellas solas. Los que las acompañaban quedábanse allá fuera, y ponía una portera que tomase los recaudos de comer, y lo que fuese menester. Ella era la primera que despertaba á todos, y la postrera que se acostaba. Siempre había de llevar quien confesase y dijese misa, y esa era la primera hacienda cada día, y luego comulgaba ella. Llevaba consigo agua bendita, y algunas veces un niño Jesús en los brazos. Con esto no la causaba el camino distracción, ni la hacía más el andar, que el estar; ni los negocios, que la quietud; ni los trabajos que el descanso..... Iba por el camino tan en oración y en la presencia de Dios, que casi nunca la perdía; y esto no como otras personas devotas, sino de un modo muy alto; que allá en lo más íntimo de su alma traía las tres personas divinas, y las sentía de una manera maravillosa en sí, y siempre le parecía la iban acompañando; y por eso jamás sentía

soledad, ni quisiera hablar con nadie, sino gozar de aquella tan dulce compañía. Pero con todo eso, cuando era menester hablar, lo hacía con una alegría, como si tuviera mucha gana de hacerlo, por consolar á las personas que iban con ellas. Y iban tan de buena gana, que ni se cansaban de los trabajos, ni se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran muy apacibles y alegres. Sacaba de lo que se ofrecía por el camino pláticas de Dios, con que entretenía mucho á los que la acompañaban; y los que solían ir jurando y jugando, gustaban más de oirla, que de todos los placeres que entonces podían tener...» (1).

Volviendo á nuestra Madre, que ya la tenemos en Salamanca, así que llegó á la posada, habló con un buen señor, llamado Nicolás Gutiérrez, encargado de tener la casa de alquiler desembarazada, y de él supo la resistencia grande que ponían los estudiantes en salir de ella. Instado el servicial Gutiérrez por la Santa, que andaba con miedo no se presentase á lo mejor algún estorbo, acudió al dueño de la casa, y tanto porfió, que al fin pudo conseguir de él la dejaran los estudiantes desalojada. Al anochecer de aquel día pasáronse á ella la Santa y su compañera, llevando dos mantas prestadas, que era todo su ajuar y riqueza. Encontraron de suerte la nueva vivienda, cual se puede suponer tratada por estudiantes; y no fué poco lo que tuvieron que trabajar durante toda la noche para ver de dejar aseada una habitación, donde á otro día poder decir la primera misa. Venida la mañana, el P. Martin Gutiérrez, Rector de la Compañía, fué allá con el aderezo de celebrar, y dijo la primera misa, con lo que quedó fundado el monasterio bajo la advocación de S. José, el primero de Noviembre del 1570.

(1) Pág. 206 y sig.

Graciosísima está la Santa Madre al referir los miedos de su compañera en la noche de Ánimas. «Quedámos, dice, la noche de Todos Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reir. La casa era muy grande y desbaratada, y con muchos desvanes, y mi compañera no había de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella, ellos lo pudieran muy bien hacer, según había adonde. Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveia para fundar la casa; porque teniéndolo no nos faltaba cama. En ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron..... Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece se sosegó algo cuanto á los estudiantes, aunque no hacía sino mirar á una parte y á otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí, que con la flaqueza de corazón que tengo, poco me solía bastar. Yo la dije, ¿qué miraba, pues allí no podía entrar nadie? Díjome: Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué hariades vos sola? Aquello, si fuera, me parecía recia cosa: hízome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo hé, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho era noche de Ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije: Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir. Como habíamos tenido dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos» (1).

Al día siguiente llegaron más monjas de los monasterios de Ávila y Medina, y con la compañía quedó tranquila la medrosa carmelita. Tan pobres y necesitadas se encontraron al principio, que hubiéranlo pasado muy mal, si las religiosas de Santa Isabel, movidas á piedad, no las socorrieran con ropas y otras limosnas. Tres años hubieron de estar en esta primera casa, que por ser fría, húmeda y en extremo desacomodada, era causa de muchas enfermedades en las mortificadas Carmelitas. Llevábanlo con una igualdad de ánimo que espantaba, y tan solo sentían que por encontrarse la casa tan mal acondicionada, no podían tener el Santísimo Sacramento, único consuelo de sus almas. Cuanto más incómodo era el vivir en ella, tanto mayor contento experimentaba la Santa en acompañar á sus hijas, animándolas con su ejemplo, á no hacer caso del descanso de esta vida, y á buscar por el camino de la cruz la felicidad que nunca se acaba.

No habían pasado dos meses desde la toma de posesión, cuando de parte del contador del duque de Alba y su mujer fué importunada la Santa Madre para que en dicha villa hiciese otra fundación, cuya historia referiremos en el capítulo siguiente.

(1) Fund. c. XIX.